

Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer,
pero empecé a padecer,
me echaron a la frontera,
¡Y qué iba a hallar al volver!
tan solo hallé la tapera*.

Sosegao vivía en mi rancho
como el pájaro en su nido,
allí mis hijos queridos
iban creciendo a mi lao...
solo queda al desgraciao
lamentar el bien perdido.

[...]

Cantando estaba una vez
en una gran diversión,
y aprovechó la ocasión
como quiso el Juez de Paz...
se presentó, y ahí nomás
hizo arriada* en montón.

Juyeron los más matreros*
y lograron escapar:
yo no quise disparar,
soy manso y no había porqué,
muy tranquilo me quedé
y ansí me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba,
haciéndonos rair* estaba,
cuanto le tocó el arreo,
¡tan grande el gringo y tan feo,
lo viera cómo lloraba!

Hasta un inglés zanjiador*
que decía en la última guerra
que él era de Inca-la-perra*
y que no quería servir,
también tuvo que juir
a guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron
de esa arriada de mi flor,
fue acoyarao* el cantor
con el gringo de la mona,
a uno solo, por favor,
logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
con los que del baile arriaron,
con otros nos mesturaron,
que habían agarrao también,
las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos
en la última votación:
me le había hecho el remolón
y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la esposición*.

Y ansí sufrí ese castigo
tal vez por culpas ajenas,
que sean malas o sean güenas
las listas, siempre me escondo:
yo soy un gaucho redondo*
y esas cosas no me enllenán.

Al mandarnos nos hicieron
más promesas que a un altar,
el Juez nos jue a proclamar
y nos dijo muchas veces:
“Muchachos, a los seis meses
los van a ir a revelar*”.

[...]

Ansí en mi moro, escarciando*,
enderecé a la frontera.
¡Aparcero*, si usté viera
lo que se llama cantón!*!...
ni envidia tengo al ratón
en aquella ratonera.

Antes de la frontera

Martín Fierro no es solo un nombre: tiene una historia. En el canto II, el gaucho recuerda los tiempos idílicos del pasado en que tenía trabajo y vivía feliz con su familia: “Yo he conocido esta tierra / en que el paisano vivía / y su ranchito tenía / y sus hijos y mujer... / Era una delicia el ver / cómo pasaba sus días”. Pero luego comienzan las desgracias...

El canto III presenta la situación del gaucho que es reclutado y enviado a la frontera para luchar contra los indios.



tapera: rancho en ruinas.

arriada: acción y efecto de arrear, conducir el ganado.

matrero: rebelde.

rair: reír.

zanjiador: que cava zanjas.

Inca-la-perra: alusión a Inglaterra.

acoyarao: unido a otros por cadenas.

esposición: oposición.

redondo: de una pieza, honrado.

revelar: relevar.

escarciar: escarcear, dar vueltas el caballo.

aparcero: compañero, amigo.

cantón: fortín.

De los pobres que allí había
a ninguno lo largaron,
los más viejos rezongaron,
pero a uno que se quejó
en seguida lo estaquieron,
y la cosa se acabó.

[...]

A naides le dieron armas,
pues toditas las que había
el Coronel las tenía,
sigún dijo esa ocasión,
pa repartirlas el día
en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
de haraganes criando sebo*,
pero después... no me atrevo
a decir lo que pasaba...
¡Barajo!... si nos trataban
como se trata a malevos.

[...]

¡Y qué indios, ni qué servicio,
si allí no había ni cuartel!
nos mandaba el Coronel
a trabajar en sus chacras,
y dejábamos las vacas
que las llevara el infiel*.

criar sebo: haraganear, no hacer
nada.

el infiel: el indio.

rial: real: moneda de níquel de diez
centavos.

hinchar el lomo: resistirse.

apear como plomo: caer encima,
castigar con severidad.

Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho, corté paja...
¡la pucha que se trabaja
sin que le larguen un rial*!

Y es lo pior de aquel enriego
que si uno anda hinchando el lomo*
se le apean como plomo...*
¡quién aguanta aquel infierno!
si eso es servir al gobierno,
a mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
en esos trabajos duros;
y los indios, le asiguro
dentraban cuando querían:
como no los perseguían,
siempre andaban sin apuro.

[...]

Allí sí, se ven desgracias
y lágrimas y aficiones;
naides le pida perdones
al indio: pues donde dentra,
roba y mata cuanto encuentra
y quema las poblaciones.

[...]

José Hernández, *Martín Fierro*,
Buenos Aires, Huemul, 1976 (fragmento).